

FRAGMENTOS

QUARTETO

de HEINER MÜLLER (BASADA EN LACLOS)

Traducción de Rodrigo Pérez y Alessandra Guerzoni

PERSONAJES:

Merteuil

Valmont

ÉPOCA:

Salón antes de la revolución francesa.

Bunker después de la tercera guerra mundial.

MERTEUIL: Valmont. Creía apagada su pasión por mí. ¿De dónde ahora ese repentino retorno a las llamas? Y con ímpetu tan juvenil. Por lo demás, ya es demasiado tarde. Ya no volverá usted a encender en llamas mi corazón. Nunca más. Y sin embargo hubo momentos, quizás debería decir instantes, un minuto, es una eternidad, en los cuales gracias a su compañía, fui feliz. Hablo de mí, Valmont. Qué sé yo de sus sentimientos. Y quizás debería hablar más bien de los minutos durante los cuales yo he podido servirle de usted, de usted tan hábil en manejar mi fisiología, para probar algo que en el recuerdo termina por parecerse a la felicidad. Usted no ha olvidado cómo se maneja esta máquina. No saque la mano. No es que yo sienta algo por usted. Es mi piel la que recuerda. O tal vez para usted, hablo de mi piel, Valmont, le es simplemente indiferente saber a qué animal esté pegado el instrumento de su lujuria, sea mano o garra. Si cierro mis ojos usted es hermoso, Valmont. O jorobado, si lo deseo. El privilegio de los ciegos. En amor los ciegos son los más afortunados. A ellos se les ahorra la comedia de las circunstancias: Ven lo que quieren ver. El ideal sería ser ciegos y sordomudos. El amor de las piedras. Lo he espantado, Valmont. Que fácil se deja impresionar. Jamás pensé que fuera usted tan vulnerable. El mundo de las damas lo ha herido después de mí. ¿Lágrimas? Tiene usted un corazón, Valmont. Desde cuándo. O es

acaso que su virilidad ha sufrido daños después de mí. Su aliento tiene sabor a soledad. La sucesora de mi sucesora le ha dado a usted la despedida. El amante abandonado. No. No retire su delicada proposición mi señor. Yo compro. Compro de todos modos. No hay que temerle a los sentimientos. Por qué debería odiarle. Yo no le he amado. Frotemos nuestros cuerpos. Ah, la esclavitud de los cuerpos. El tormento de vivir y no ser Dios. Tener una conciencia pero ningún poder sobre la materia. No actúe con precipitación, Valmont. Así está bien. Si sí sí sí.

¿Bien actuado, no? Qué me importa el deseo de mi cuerpo; yo no soy una cualquiera. No estoy loca. Soy completamente fría, Valmont. Vida mía, muerte mía, amor mío.

(Entra Valmont)

MERTEUIL: Valmont. Llega usted en el momento preciso. Y casi me duele su puntualidad. Usted interrumpe un goce que hubiera deseado compartir con usted de no ser éste precisamente incompatible. Usted me entiende, ¿verdad?

VALMONT: La entiendo. Debo entender que usted se encuentra nuevamente enamorada, marquesa. Pues bien, yo también lo estoy, si queremos utilizar esta palabra. Una vez más. Espero no haber interrumpido el ímpetu de un amante en su hermosa persona, me sentiría desolado. Por cuál ventana ha escapado. Permitame desear que él se haya roto el cuello.

MERTEUIL: Puf, Valmont. Ahorre usted sus cumplidos para la dama de su corazón, donde quiera que se encuentre ese órgano. Espero por su bien que el nuevo cofre sea dorado. Usted debería conocerme mejor. Enamorada. Creía que estábamos de acuerdo en considerar lo que usted llama amor dominio de la plebe. Cómo puede usted considerarme capaz de un sentimiento tan vulgar. La felicidad suprema es la felicidad de los animales. Para nosotros esto sería muy extraño. Usted me la hizo sentir algunas veces cuando todavía me gustaba usarle a usted para esta necesidad, Valmont, y espero que usted tampoco se haya ido con las manos del todo vacías. Quién es la afortunada del momento. O hay que llamarla desafortunada.

VALMONT: Es la Tourvel. Y su inseparable, quién es.

MERTEUIL: Celoso. ¿Usted, Valmont? Qué retroceso. Podría entenderlo si usted lo conociera. Por otra parte estoy segura de que alguna vez se habrá topado con él. Un hombre hermoso. Si bien no muy diferente de usted. Hasta las aves de paso caen en las redes de la costumbre, incluso cuando su vuelo abarca continentes enteros. Dése vuelta un poco. Por sobre usted, él tiene la ventaja de la juventud. También en la cama, por sí le interesa. ¿le interesa? Un sueño, considerándolo a usted como la realidad. Perdóneme. Puede ser que dentro de diez años nada los diferencie, siempre y cuando con una amorosa mirada de medusa, pueda yo transformarlo a usted ahora en piedra. O en un material más agradable. Esta es una idea fecunda: el museo de nuestros amores. Tendríamos mansiones llenas con las estatuas de nuestras deseos en descomposición. No es verdad Valmont. Los sueños muertos en orden alfabético o enumerados cronológicamente, libres de los azares de la carne, nunca más expuestos al horror de la transformación. Nuestra memoria necesita tales muletas: uno no recuerda siquiera la diferente curvatura de los miembros, para qué hablar de las caras: niebla.

(...)

VALMONT: Apuesto a que, tras el hielo de sus oraciones infantiles, (su sobrina) arde esperando la cuchillada que ponga fin a su inocencia. Se arrojará sobre mi cuchillo aún antes que yo lo haya lanzado. No se rehusará: ella no conoce los escalofríos de la cace-

ría. Qué voy a hacer con una presa, si no tengo el placer de perseguirla. Sin el sudor del miedo, la respiración ahogada, los ojos en blanco. Lo demás es digestión. Mis mejores trampas me convertirían en bufón igual que a un actor un teatro vacío. Tendría que aplaudirme solo. Dejemos a la plebe el placer de fornicar de pie, en las esquinas: su tiempo es oro, nos cuesta dinero; nuestra sublime profesión es justamente matar el tiempo. Nos ocupa por entero: hay demasiado tiempo. Quién pudiera detener los relojes del mundo: la eternidad como erección permanente. El tiempo es el hoyo de la creación por el cual pasa la humanidad entera. Al pueblo la iglesia se lo ha llenado con Dios: nosotros sabemos que ese hoyo es negro y sin fondo. Cuando el pueblo se entere nos cogerá por detrás.

MERTEUIL: Los relojes del mundo. ¿Tiene dificultad, Valmont, en parar el suyo?

VALMONT: Con usted sí, marquesa. Aunque debo admitir que empiezo a comprender por qué la fidelidad es la más salvaje de todas las anomalías. Es demasiado tarde para nuestra tierna relación, pero voy a ejercitarme un poco en esta nueva experiencia. Odio el pasado. El cambio lo acumula. Observe el crecimiento de las uñas: siguen creciendo aún en la tumba. Piense. Imagínesse que viviésemos que convivir con la basura de nuestros años. Pirámides de inmundicia hasta que uno llegue a la meta. O bien en los restos de nuestros cuerpos. Sólo la muerte es eterna: la vida se repite hasta que el abismo quede abierto de par en par. ¿El diluvio? Un defecto de alcantarillado. Por lo que se refiere al amoroso esposo: está en el extranjero con una misión secreta. Y no es de excluir que, como buen político que es, logre hacer explotar una bella guerra. Un rico veneno contra el aburrimiento de la desolación. La vida transcurre más rápidamente cuando la muerte se torna espectáculo. La belleza del mundo hiere menos hondamente el corazón —¿pero tenemos corazón, marquesa?— en la contemplación de su aniquilamiento, ve uno el desfile de culos jóvenes, que cotidianamente nos recuerdan nuestra caducidad —porque no podemos poseerlos todos. ¡Que la sífilis infecte a cada uno de los que se nos escapan ante la hilera de las espadas

puntiagudas y el relámpago de los cañonazos! ¿Piensa a veces en la muerte, marquesa? ¿Qué le dice su espejo, marquesa? Es siempre el otro el que nos mira desde ahí. Es él a quien buscamos cuando, abandonándonos a nosotros mismos, nos ponemos a hurgar en los cuerpos ajenos. Puede ser que no exista ni uno ni otro, sino sólo la nada de nuestra alma que reclama su carroña. ¿Cuándo será posible inspeccionar a su virginal sobrina, marquesa?

(...)

MERTEUIL: (...) Usted sabe muy bien que para toda mujer cada hombre es hombre por defecto. También sabe lo siguiente, Valmont: muy pronto el destino ya no le permitirá ser hombre ni siquiera por defecto. Todavía tenemos una deuda con el sepulturero.

VALMONT: La brutalidad de nuestra conversación me aburre. Cada palabra abre una herida, cada sonrisa descubre un colmillo. Sería mejor que nuestros papeles fueran interpretados por tigres. Una mordedura más, un zarpazo más. La farándula de las fieras.

MERTEUIL: Usted está perdiendo su seguridad, Valmont, se pone sensible. La virtud es una enfermedad contagiosa. ¿Qué es en realidad nuestra alma? ¿Músculo o mucosa? Lo que yo temo es la noche de los cuerpos. Estamos a cuatro días de viaje de París, en este pudridero que pertenece a mi familia —a esa cadena de miembros y vaginas mantenida unida por el nombre azaroso que un rey maloliente concedió a un roñoso antecesor mío— aquí todavía vive algo entre el hombre y la bestia. Algo que espero no tener que encontrar ni en esta vida ni en la otra, si es que hay otra. La sola idea de su olor me hace transpirar por todos los poros. Mis espejos transpiran su sangre. Eso no perturba mi imagen; yo me río de los tormentos ajenos como todo animal con uso de razón. Pero a veces sueño que sale de mi espejo con sus patas embarradas de estiércol y sin rostro; pero las manos se las veo nítidamente, garras y uñas cuando me arranca la seda de mis muslos; quizá sea su violencia la llave que abre mi corazón. Váyase, Valmont. Mañana por la noche la virgen estará en la Ópera.

(...)

VALMONT: Me pregunto si podrá usted resistir estos pechos, vizconde. Le veo flaquear. Así que nos hemos engañado en cuanto a su santidad. ¿Soportará usted la prueba más difícil? Aquí está. Yo soy mujer, Valmont. ¿Puede usted mirar a una mujer sin ser un varón?

MERTEUIL: Puedo, Madame. En mí no se agita ni un sólo músculo, no tiembla nervio alguno ante su oferta. La rechazo a usted con serenidad; alégrese conmigo. Lágrimas. Lloro usted con razón, mi reina. Lágrimas de alegría, lo sé. Con razón está usted orgullosa de haber sido rechazada de esta manera. Veo que me ha comprendido. Cúbrase, amor mío. Una corriente de aire lasciva podría acariciarla, gélida como mano de esposo.

Pausa

VALMONT: Creo que podría acostumbrarme a ser mujer, marquesa.

MERTEUIL: Yo quisiera poder.

Pausa

VALMONT: Qué pasa. Sigamos actuando.

MERTEUIL: Actuar. Qué otra cosa se puede hacer.

VALMONT: Virgen adorada, mi preciosa niña, sobrina seductora. Ver su inocencia me hace olvidar mi sexo y me transforma en su tía, quien tan amorosamente me la ha recomendado. No es una idea graciosa. Me moriré de aburrimiento encarnando este triste personaje. Conozco cada rincón de su alma. Lo demás, me lo callo. Pero esta fatalidad que cuelga entre mis piernas —rece usted conmigo para que no se le tire encima rebelándose contra mi virtud, y cierre el abismo de sus ojos antes que nos engulla— casi me hace desear el cambio. Sí, quisiera poder cambiar mi sexo, aquí en la tiniebla del peligro de perderme por completo en su belleza. Sólo la disolución de la imagen en ese vértigo voluptuoso al que ella tan urgentemente invita, puede compensar la pérdida absoluta de uno mismo. Sólo el placer puede quitar la venda de los ojos al amor, y mostrarle en esa mirada, a través del velo de la piel, la crudeza de la carne: Ese indiferente alimento de las tumbas. Dios tiene que haberlo querido así. Por qué si no esa arma del rostro. Quien crea quiere la destrucción. Y el alma no puede volar sin que antes la carne se pudra. Mejor deshacerse de ella en seguida. Si al menos fuese

usted fea. Sólo deshaciéndonos a tiempo de los atributos de la belleza nos protegemos del pecado original. Y ni siquiera esto es suficiente. Todo o nada: a un esqueleto no puede pasarle nada, sólo que el viento juegue con sus huesos más allá del pecado. Olvidemos aquello que nos separa, antes que nos una en un espasmo; yo soy bueno, marquesa. Todos somos trapecistas colgando del cordón umbilical, y permítame ofrecerle mi protección masculina contra la maldad del mundo, que el silencio de un monasterio no le ha sabido brindar: el brazo de un padre. Conozco bien, créame, mi sombrío sexo y cuando pienso que un bruto cualquiera, un torpe novicio o un sirviente lascivo podría romper el sigilo con que la naturaleza protege el secreto de su vientre virginal, se me parte el corazón. Prefiero pecar antes que usted sufra esa injusticia que clama venganza al cielo.

(...)

MERTEUIL: Y ahora, Valmont, haremos morir a la presidenta por su inútil mal paso.
El sacrificio de la señora.

VALMONT: Me he postrado a sus pies, Valmont, para que no sucumba más a la tentación. Usted me ha bautizado con el perfume de las letrinas. Desde el paraíso de mi matrimonio me ha lanzado usted al abismo de sus deseos para salvar a esa virgen. Le había dicho que yo me mataría si usted era incapaz de controlar el mal que emana de usted mismo. Se lo había advertido, Valmont. Lo único que me queda hacer es rezar por usted en mi última plegaria. ¡Usted es mi asesino, Valmont!

MERTEUIL: ¿Lo soy? Demasiado honor, señora. No fui yo quien promulgó los mandamientos por los cuales usted ahora se quiere condenar. ¿No obtuvo placer alguno con su piadoso adulterio aparte del remordimiento que ahora disfruta? No está usted demasiado fría para el infierno a juzgar por nuestras batallas de alcoba. Ninguna carne puede mentir tan bien antes de los cuarenta. Y lo que el pueblo llama suicidio no es sino la coronación de la masturbación. Permítame utilizar mi monóculo para mejor contemplar el espectáculo, su último espectáculo, mi reina, con terror y compasión. He hecho instalar unos espejos para que pueda usted morir en plural. Y concédame el favor de recibir de mis manos

indignas ésta, su última copa de vino.

VALMONT: Espero poder contribuir a su entretenimiento, Valmont, con este mi último espectáculo, ya que no puedo producir en usted ningún efecto moral por haber mirado demasiado tarde en el fondo mugriento de su alma.

HOW TO GET RID OF THIS MOST WICKED BODY.

Me abriré las venas como se abre un libro en la cama. Usted aprenderá a leerlo, Valmont, cuando yo ya no esté. Lo haré con unas tijeras porque soy mujer. Cada oficio tiene su propio humor. Con mi sangre puede usted maquillarse el hocico. A través de mi carne buscaré un camino hasta mi corazón. El que usted no ha encontrado, Valmont, porque es hombre, porque su pecho está vacío, porque en usted no crece nada. Su cuerpo es el cuerpo de su muerte, Valmont. Una mujer tiene muchos cuerpos. Usted tendría que perforarse a sí mismo si quisiera ver su sangre o perforarse unos a otros. La envidia de la leche de nuestros pechos es lo que hace de ustedes unos carniceros. Si pudieran parir. Lamento, Valmont, que este jardín le esté prohibido. Usted daría lo mejor de sí mismo si la naturaleza se dejara convencer y usted supiera lo que se pierde, Valmont. Lo he amado, Valmont. Pero clavaré una aguja en mi sexo antes de matarme, para estar segura de que en mí no crecerá nada de lo que usted ha sembrado, Valmont. Usted es un monstruo y yo quiero llegar a serlo. Verde, hinchada por el veneno atravesaré sus sueños. Bailaré para usted colgada de una cuerda. Con la cabeza en el horno y la lengua afuera sabré que usted está detrás de mí con un solo pensamiento en la cabeza: cómo penetrarme, y yo, yo lo desearé mientras el gas me hace estallar los pulmones. Es hermoso ser mujer, Valmont, y no un vencedor. Si cierro los ojos, lo veo a usted pudriéndose. Quiere saber más: soy una enciclopedia moribunda, cada palabra un coágulo de sangre.

No necesita decirme, marquesa, que el vino estaba envenenado. Me gustaría poder asistir a su muerte como ahora asisto a la mía. Igual me sigo gustando. Esto, seguirá masturbándose con los gusanos. Espero que mi actuación no la haya aburrido. Eso sería imperdonable.